



JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

MUERTE
Y RELIGIÓN
EN EL MUNDO
ANTIGUO

Luciérnaga

Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

INTRODUCCIÓN

PARTE I. PRIMERAS CIVILIZACIONES

1. LA BÚSQUEDA DE LA INMORTALIDAD EN LA ANTIGUA MESOPOTAMIA

2. EL MÁS ALLÁ EN EGIPTO

3. ESCATOLOGÍA IRANIA

PARTE II. GRECIA

4. HADES: EL INFRAMUNDO SEGÚN LA MITOLOGÍA GRECORROMANA

5. MUERTE, MAGIA Y RITUALES FUNERARIOS EN LA ANTIGUA GRECIA

6. LAS RELIGIONES MISTÉRICAS

7. HELENISMO. MAGIA Y MÁS ALLÁ

PARTE III. ROMA

8. LA MUERTE EN ETRURIA

9. EL INFRAMUNDO Y LO TRASCENDENTE EN LA ROMA PRIMITIVA

10. LA RELIGIÓN EN LA ROMA REPUBLICANA

11. MUERTE, MAGIA Y ASTROLOGÍA DURANTE EL IMPERIO ROMANO...

PARTE IV. RELIGIONES Y MÁS ALLÁ

12. LA INMORTALIDAD SEGÚN LAS GRANDES RELIGIONES MONOTÉISTAS

13. LA MUERTE SEGÚN LAS RELIGIONES ORIENTALES

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

SINOPSIS

¿Hay vida en el más allá? ¿Dios existe? La historia del ser humano ha tratado de contestar estas preguntas. A través de diversas doctrinas religiosas, filosóficas e incluso, en los últimos años, a partir de la aplicación de métodos científicos se ha intentado despejar estas cuestiones tan trascendentales de la vida de las personas.

Un viaje integral que investiga la muerte desde las antiguas civilizaciones a lo largo de la historia. Un análisis de los textos sagrados para comprender la concepción que tenían de Dios, de los mitos relacionados con el sentido de la vida y de la muerte.

MUERTE Y RELI-
GIÓN
EN EL MUNDO AN-
TIGUO

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

A mi padre y a mi madre

INTRODUCCIÓN

El estudio de la muerte ha despertado en los últimos años un gran interés en la comunidad científica, pero sigue siendo muy poco lo que sabemos sobre la concepción que han tenido los pueblos de la antigüedad de este proceso que ha sido tradicionalmente entendido, más que como el cese completo y definitivo de la vida, como la separación del cuerpo y el alma, y el paso a un nuevo tipo de existencia de carácter espiritual. El gran problema para los estudiosos del pasado es que apenas disponemos de fuentes escritas que nos informen sobre el tipo de creencias relacionadas con el destino último del alma del fallecido después de su muerte física, sobre los rituales que se llevaban a cabo para posibilitar el tránsito entre el mundo material y el trascendente y, finalmente, sobre la naturaleza de ese más allá desconocido al que se ha mirado con una mezcla de temor y desconfianza.

Los hombres y mujeres del pasado, al igual que nosotros, y como seguro harán en el futuro, pensaron en la muerte, en lo que les ocurriría cuando les llegase la hora de emprender ese inevitable viaje y tuviesen que traspasar el umbral hacia un mundo ignoto. Ellos, como nosotros, también se preguntaron sobre lo que les depararía el destino una vez que dejarasen de respirar y sus corazones de latir. Esta duda existencial, que siempre nos ha acompañado como especie, se fue haciendo cada vez más intensa cuando los primeros seres humanos observaron que sus cuerpos envejecían e intuían que su parte física sería muy pronto inservible y, por lo tanto, que estaban cerca de terminar su ciclo vital, pero en general siempre tuvieron la sensación de que

lo que desaparecía no era todo lo que realmente habían sido. ¿Qué ocurría, entonces, con esa parte que no estaba sometida a las mismas leyes que la materia y que era inmortal? Ante todas estas dudas, los seres humanos trataron de encontrar respuestas a partir de distintos sistemas de creencias, filosofías y religiones que, en su mayor parte, consideraron la muerte como un tránsito hacia una nueva realidad que nos desvelaría el auténtico significado de la naturaleza, de la fuerza creadora e infinita, también incomprendible, que rige el funcionamiento del universo, de ese dios que nuestra mente no es capaz de comprender, solo de intuir.

En este trabajo pretendemos estudiar la forma en la que los seres humanos hemos afrontado el hecho de la muerte a lo largo de la historia, para de esta manera poder acercarnos hasta ella con algo menos de temor e incluso con esperanza. Para ello debemos centrar nuestra mirada en el trabajo de los arqueólogos; gracias a ellos podremos comprender la evolución de los rituales funerarios desarrollados por las primeras religiones para tratar de dar sentido al gran misterio de la muerte. Lógicamente, el registro más importante con el que el arqueólogo se ha visto obligado a trabajar para asimilar el hecho funerario en sí es el que procede de los enterramientos y lugares de culto. Pues bien, el enterramiento y el cuidado de los difuntos, incluso entre las tribus paleolíticas, es una muestra difícil de rebatir sobre la creencia que estas comunidades primigenias tenían sobre la existencia del más allá y, por lo tanto, de que el muerto seguiría viviendo en un lugar desconocido después de abandonar la compañía de los vivos. Todo parece indicar que el hombre prehistórico daba por hecho el mantenimiento de la personalidad y la conciencia del muerto en la otra vida e incluso que sus necesidades serían muy semejantes a las terrenales. Esta idea es, al menos, una de las

bases principales a la hora de entender la concepción que posteriormente tendrán los egipcios (y por su influencia el mundo grecorromano) sobre la inmortalidad del individuo.

En este trabajo, podremos comprobar que el más allá ha sido concebido de formas muy diversas a lo largo del tiempo, como un paraje (paradisíaco o de suplicios) situado en el cielo o bajo la tierra, como un lugar en el que las almas de los difuntos se veían obligadas a vagar sin tener conciencia de sí mismas o como un proceso de resurrección para volver a nacer como otros humanos o animales (especialmente en el Lejano Oriente). Los enterramientos neolíticos también reflejan la creencia en la vida después de la muerte al multiplicar el ajuar del difunto con ofrendas de comida, adornos personales y otros objetos considerados necesarios para poder continuar con la vida cotidiana del fallecido, similar a la que había tenido antes de iniciar su último y más importante viaje.

La posición de los cadáveres al ocupar su última morada es otro de los elementos que nos permiten sacar conclusiones sobre el universo religioso de los mal llamados pueblos primitivos y de las primeras civilizaciones históricas. Si el muerto fue depositado en la tumba mirando hacia Oriente era para ayudarle en su futura resurrección, ya que, al igual que el sol nacía todos los días para iluminar con su presencia el mundo de los vivos, el muerto podría volver a nacer y así disfrutar de una nueva existencia si se enterraba en dirección al astro rey. En este mismo sentido cabe interpretar la posición de algunos cuerpos en las tumbas prehistóricas que aparecen encogidos y plegados sobre sí mismos para, con toda probabilidad, imitar la postura del feto (o bien, la del sueño) como si se intentase favorecer una nueva gestación para la futura vida del difunto en las entrañas de la Madre Tierra; una y otra vez, el mundo de la vida y la muerte quedan estrechamente entrelazados. Si por el contrario el muerto estaba orientado hacia Occidente, hacia el lugar por donde se ocultaba el sol y se encontraba la

morada de los muertos, era para ayudarle a encontrar su camino en la travesía hacia el otro plano de la existencia. No tan conocida es la presencia de no pocos enterramientos situados cerca de las costas, muchas veces en zonas de acantilados, casi con toda seguridad por la creencia en un más allá, pero, en esta ocasión, situado al otro lado del océano.

El enterramiento no solo era considerado como una muestra de respeto hacia el finado, ya que en muchas ocasiones lo que primaba era el miedo, el temor a ser molestado por la presencia de los espíritus a los que se consideraba responsables de provocar enfermedades y todo tipo de males para los que no se conocía una explicación natural. Por este motivo, se solían tomar precauciones. Los antropólogos han logrado identificar la costumbre de los tongas africanos de atar a los moribundos cuando estos ya se encontraban a punto de pasar la última frontera; de esta forma, su alma nunca molestaría a los vivos. Los arqueólogos han encontrado, por otra parte, esqueletos prehistóricos en los que las manos y los pies aparecen atados e incluso enterrados con la cabeza boca abajo. Las extrañas posiciones de los esqueletos (Chancelade, Grimaldi o en la cultura española de El Argar) se explican por el intento de impedir que los espíritus de los muertos pudiesen escapar de su morada para provocar desgracias entre los vivos. Una y otra vez (tendremos ocasión de estudiarlo en este ensayo) detectamos pruebas contundentes, tanto desde el punto de vista arqueológico e histórico como antropológico, que nos informan sobre la creencia en la existencia de seres fantasmales y el contacto entre los vivos y los muertos en todo tipo de culturas y contextos espaciotemporales muy alejados los unos de los otros.

En el caso de la religión druídica y el corpus de creencias de algunas doctrinas precristianas, entre ellas la romana, detectamos una auténtica preocupación por el hecho de que los muertos pudiesen llevarse consigo a aquellos

con los que más vínculos establecieron en su vida terrenal, por lo que se generaron rituales tendentes a conciliarse con el espíritu del fallecido e incluso para que sirviesen de intermediarios entre la comunidad y el mundo sobrenatural. Los ritos más complejos comenzaban con la consagración de la partida del alma mediante vigiliyas, lamentaciones y muestras exageradas de duelo; posteriormente, se llevaba a cabo el enterramiento, que podía constar de una o varias fases, ya que, en algunas ocasiones, se realizaba un primer entierro con el objetivo inmediato de impedir el regreso del muerto (por eso la costumbre constatada desde época prehistórica de atar el cadáver) y posteriormente, en un periodo comprendido entre varios meses y los dos o tres años, se seguía con un segundo enterramiento, solo del esqueleto, con una serie de ritos para hacer del muerto un antepasado benéfico, y poder honrarle y rendirle culto.

A pesar de las precauciones, ciertos momentos del año se consideraban especialmente complicados, ya que podían resultar propicios para establecer una comunicación directa entre los vivos y los espíritus de los muertos, por lo que, nuevamente, se establecieron una serie de pautas mágico-religiosas para salir bien parados ante este posible encuentro con los seres del más allá. En la actualidad se conservan muchas tradiciones y festividades que nos recuerdan, ahora con menos dramatismo, la extraña relación entre los dos mundos. Una de las fiestas más populares era la del Samaín, de tradición celta, celebrada a principios de noviembre para conmemorar el final de la temporada de cosechas y el inicio de la estación oscura en la que el contacto con los que habitaban en el más allá era más probable. La fiesta del Samaín duraba alrededor de una semana y terminaba con la celebración del día de los espíritus, unos seres que según la religión de los druidas habitaban en un lugar en el que no se conocía el dolor, el hambre, el pesar o el sufrimiento. Durante este día los druidas actuaban como médiums y se comunicaban con los antepasados con la

esperanza de ser instruidos por ellos y así comprender el significado de lo sobrenatural. Algo similar ocurría en la antigua Roma, ya que en fechas muy concretas se desarrollaron rituales para congraciarse con esas almas que eran capaces de escapar del inframundo por las cavidades que, según ellos, comunicaban con el Hades.

Entre las distintas formas con las que el ser humano ha preparado el tránsito de sus seres queridos, debemos destacar los dos tipos de enterramientos más frecuentes: la inhumación y la incineración. Ambas prácticas no solo responden a las costumbres ancestrales de las comunidades que las practican, sino que se relacionan con el conjunto de creencias sobre el tipo de supervivencia del alma del difunto en la otra vida. La inhumación puede interpretarse como el intento de devolver a la Madre Tierra el cuerpo del fallecido para que esta le haga nacer en una nueva vida. La incineración está más relacionada con la potencia purificadora del fuego y con el deseo de facilitar al espíritu su acceso al más allá después de desprenderse de su soporte físico y material. Ambas prácticas están presentes en los pueblos de la antigüedad. La inhumación llegó a predominar durante el Neolítico y la Edad del Bronce (por eso su vinculación con el megalitismo); en cambio, la incineración se desarrolla durante la edad del hierro y es característica en culturas como la «de los campos de urnas».

La creación durante la prehistoria de las primeras tradiciones culturales y de símbolos religiosos con los que el ser humano transmitió su visión del mundo ocupa una amplia franja espacial, pero destacan dos momentos en los que este desarrollo espiritual alcanza cotas más altas: el Paleolítico Superior y el megalitismo. Los orígenes del pensamiento religioso se pueden situar en el Paleolítico, sobre todo en sus fases finales, cuando se multiplica el número de manifestaciones artísticas, enterramientos rituales y representaciones de divinidades que reflejan la existencia de creencias de tipo sobrenatural que empezaron a ser codificadas y

tendrán continuidad en épocas posteriores, especialmente durante la época megalítica, cuando nos encontramos con una serie de sepulcros formados por cámaras rectangulares de muy variadas dimensiones, en ocasiones precedidas por un corredor o cubiertas con un túmulo de tierra, y que ponen en evidencia la formación de grupos humanos bien organizados y capaces de llevar a cabo un enorme esfuerzo para garantizar a sus jefes, reyezuelos o miembros de las familias más importantes la supervivencia de su espíritu en el más allá. El culto a la Diosa Madre desde tiempos neolíticos es de difícil interpretación, pero, aun así, tenemos la suerte de conservar en las paredes de algunos monumentos megalíticos de la península ibérica, Francia y otros países europeos, una serie de símbolos, extraños signos (como los trazos paralelos), figuras antropomorfas y los famosos ídolos-placa de naturaleza desconocida que parecen estar vinculados con prácticas y creencias funerarias relacionadas con la Diosa Madre y la presencia de una religión primigenia, cuyos principios quedaron fosilizados en el tiempo hasta llegar a nosotros en forma de ideas arquetípicas.

Tradicionalmente, el ser humano ha tratado de dar respuesta a una pregunta que siempre nos hemos planteado, la de la existencia de Dios y la supervivencia de nuestras almas en el mundo del más allá, mediante el desarrollo de diversas doctrinas religiosas, filosóficas e incluso, en los últimos años, a partir de la aplicación de métodos científicos. Lo que nos proponemos en este viaje que estamos a punto de emprender es enfocar el estudio de la muerte a lo largo de la historia desde un punto de vista integral, sumergiéndonos en el estudio del registro material de las antiguas civilizaciones históricas (también las más recientes), analizando los textos sagrados para comprender la concepción que tenían de sus dioses, sumergiéndonos en el estudio de los mitos, que nos ofrecen una información fundamental para

comprender la mentalidad de unos seres que se preguntaron, como lo hemos venido haciendo hasta nuestros días, sobre el sentido de la vida y de la muerte.

PARTE I

PRIMERAS CIVILIZACIONES

1

LA BÚSQUEDA DE LA INMORTALIDAD
EN LA ANTIGUA MESOPOTAMIA**El dios que muere y resucita**

Los seres humanos siempre hemos intentado comprender la trascendencia que tiene la muerte, desde que tomamos conciencia de ella hasta que tratamos de evitar la extinción del ser a partir de una serie de ritos funerarios y elementos mágicos destinados a garantizar la vida en el más allá. El estudio de los restos arqueológicos, de los libros sagrados y de los relatos mitológicos de las primeras civilizaciones históricas nos permite entender la enorme diversidad de creencias e ideas que los distintos pueblos y culturas de nuestra antigüedad han desarrollado para tratar de explicar la naturaleza de la muerte. Algunos, como los egipcios, la consideraron como el resultado de la desintegración de los diversos elementos que forman el ser, casi todos como un proceso en el que la parte espiritual del individuo se libera de su parte física. Las grandes religiones monoteístas optaron mayoritariamente por la resurrección, mientras que en Oriente se impuso la creencia en la reencarnación. En algunas ocasiones, pueblos totalmente obsesionados con la idea de la muerte trataron de explicar y analizar cada una de sus fases y dejaron por escrito sus conclusiones en una serie de textos mágicos como *El libro de los muertos* en el Antiguo Egipto o el *Bardo Thödol* tibetano. La muerte, como el amor, nos sugiere nuevas ideas y sentimientos, por lo que aparece como un fenómeno recurrente en la obra y el